



NO ACABÉ "QUEMADO"

Don Luis Balbuena Castellano

Algunos compañeros compañeras de aquí y de esos mundos por los que he estado, "predicando", me han preguntado acerca qué se puede hacer para no caer en el desánimo y no hacerse un pusilánime didáctico. Yo les suelo comentar algo que he dicho muchas veces y que, en mi caso, ha dado resultado y es que he procurado mantener en todo momento la ilusión del primer día y no solo eso, sino que además me he propuesto que mis alumnos lo noten; deben percibir mis ganas de hacer cosas, por insignificantes que sean.

Ser Educador es uno de los oficios más bellos

A lo largo de mi carrera docente he tratado de cubrir una deficiencia que tuve en mi formación inicial como profesor. Realmente es un eufemismo hablar de "mi formación inicial" como docente simplemente porque no existió. Por eso he intentado poner los medios para conocer estrategias y métodos que otros utilizaban y que me permitían hacer las clases y el acercamiento de las matemáticas a los alumnos cada vez mejor. Me ha sido muy útil compartirlo con los integrantes del Departamento, que, para mí es una pieza que tiene una incidencia casi definitiva en el objetivo de conseguir una enseñanza de calidad.

Creo que ser educador es uno de los oficios más bellos aunque quizá en estos tiempos no pase por su mejor momento. Sin embargo, a pesar de eso, en las encuestas que se hacen sobre valoración de las profesiones, la de profesor suele quedar en segundo lugar, después de la de médico. Éste actúa especialmente sobre el cuerpo del pa-

ciente pero los profesores actuamos sobre el espíritu, sobre el intelecto del alumnado que, a través de nuestra acción, tiene que ir rellenando esa "tabla rasa" con la que llegan al aula. Y este actuar sobre alumnos es el aspecto más valioso: trabajamos con personas que, además, están en una etapa delicada de sus vidas, especialmente los de secundaria que es con quienes más he trabajado en casi todos mis años de docencia. Cada uno de nosotros, en su parcela y con sus recursos, ha de ir sembrando en esas mentes para que algún día se pueda recoger la cosecha. A mi me ha tocado hacerlo desde la atalaya de las matemáticas. Una atalaya considerada árida y difícil aunque me he esforzado para que no sea así.

He procurado, además, transmitir la idea de que los profesores no podemos ni debemos estar aislados de cuanto sucede en el mundo, sobre todo con los aspectos relacionados con la injusta distribución de las riquezas, y en consecuencia, de la cultura y el saber en general. Al contrario, debemos despertar en ellos valores tan preciados como la solidaridad y la tolerancia de la que, además, tan necesitados estamos en estos tiempos que corren. He tenido la oportunidad de cono-



cer ambientes educativos muy distintos al nuestro en varias repúblicas de Iberoamérica. Admiro mucho el trabajo que hacen allí nuestros colegas porque sus condiciones son difíciles sobre todo en lo que se refiere a sus remuneraciones y a los medios con los que pueden trabajar. Estas impresiones las he transmitido a mis alumnos y ello ha conllevado acciones de solidaridad que algunos han continuado una vez que han abandonado el instituto.

El sistema educativo es algo realmente complejo. No cabe duda. Son muchas las variables que intervienen en él y además, en la práctica, resulta imposible conseguir que esas variables encajen perfectamente sin que surjan situaciones más o menos problemáticas. Y eso es así, principalmente, porque no existen leyes científicas que consigan que, en educación, todo pueda ser controlable. Tal vez esa sea una de sus grandezas. Por lo tanto, hablar del sistema educativo en términos generales resulta sumamente complicado y puede que todo quede en expresiones seguramente vacías o retóricas. Demuestra un desconocimiento de este medio todo aquel que crea que la solución de los problemas educativos es simple o que depende de un solo factor e incluso de pocos factores. Y no digamos nada de los que comparan a “su época” con la actual o los que ofrecen soluciones de laboratorio llenas de buenas intenciones y de fórmulas ineficaces.

Me voy a centrar en una de las materias que más dificultades suelen presentar a una buena parte del alumnado: las matemáticas. No pretendo, obviamente, mostrar “varitas mágicas” que resuelvan los problemas que tiene su enseñanza y su aprendizaje porque otros muchos más preparados que yo lo han intentado y no lo han conseguido. Solo deseo exponer algunas enseñanzas que he conseguido aprender por los métodos que más solemos usar los que nos dedicamos a enseñar. En primer lugar y como solución para cubrir las deficiencias de formación, imitar a quienes fueron nuestros maestros y que más huella nos dejaron. Cuando aparecen las dificultades o los deseos de avanzar, entonces el más habitual de los métodos: ensayo, error, corrección y vuelta a ensayar hasta ir afinando las estrategias. Por lo tanto, no dispongo de un modelo teóri-

co que me avale. Solo el de una docencia comprometida y práctica.

Una de las fuentes del rechazo a las matemáticas (para mi es una de las más generalizadas), se encuentra en lo que suele conocerse por “falta de base”. Me explico. Los niños y niñas en sus primeros años de escolaridad, disfrutaban con todas aquellas actividades que están relacionadas con esta materia. Esto lo demuestran las muchas in-

investigaciones realizadas y contrastadas. Además, los maestros dedicados a enseñar en esas edades (desde los primeros cursos de infantil), suelen ser personas muy creativas que utilizan, entre otros muchos, recursos lúdicos para “engancha” a sus alumnos. Y todo funciona bien en esos primeros años hasta que un mal día, en un curso indeterminado, algún profesor utiliza una frase fatídica que marca el comienzo del “calvario” de muchos alumnos. Es cuando

el maestro le dice algo así como: “Bien, como ya sabes de cursos pasados...” Resulta que eso que “debe saber” desde años anteriores no lo sabe, bien porque no se acuerda, bien porque no se lo enseñaron de manera significativa e incluso porque, sencillamente, nunca se lo enseñaron. Si el maestro no comprueba que, en efecto, lo saben y no se para al comprobar que muchos lo ignoran sino que sigue adelante, entonces se pone la primera piedra de lo que llegará a ser una mole que cada vez pesará más en la mente de los alumnos.

En ocasiones se les considera culpables por no saberlo cuando, en no pocos casos, son más bien víctimas. Por otro lado, hay quien estima que pararse a recordar esos conceptos es “una pérdida de tiempo”. Creo que no es así. Seguramente podrá después avanzar más deprisa. Los profesores debemos ser conscientes de este problema e insistir hasta conseguir que los alumnos aprendan los elementos básicos con seguridad y agilidad. También los padres juegan

Una de las fuentes del rechazo a las matemáticas se encuentra en lo que suele conocerse por “falta de base”.



en este cometido un papel importante porque ellos pueden y deben vigilar y comprobar que sus hijos, no solo realizan las tareas que se les marcan, sino que las hacen bien. Si a pesar de todo decidimos seguir adelante sin dedicar esa atención, aparecerá en el aula un conjunto de alumnos que se “desenganchan” y en algún caso se convertirán en una fuente más o menos incontrolable de perturbación.

Otro origen del desánimo de algunos estudiantes en lo que a las matemáticas se refiere está centrado en el alto grado de abstracción que presenta a partir de ciertos niveles. Es necesario no ocultar a los alumnos esa característica inherente a esta materia, pero también opino que debemos hacer esfuerzos y encontrar estrategias y materiales para utilizar modelos reales que hagan significativo su aprendizaje.

Entre otros muchos asuntos de los que podría tratar, quiero hacer una mención sobre la necesidad de enseñar a los alumnos a trabajar los problemas de matemáticas hasta conseguir que adquieran el hábito de resolverlos. Todos los estudiosos de estos temas coinciden en destacar la importancia que tiene la resolución de problemas en el aprendizaje de las matemáticas. No se trata solo de hacer ejercicios rutinarios de aplicación de una fórmula o de un procedimiento explicado, sino de plantear situaciones en las que sea necesario realizar deducciones y apelar a conocimientos y situaciones resueltas con anterioridad. Esa acumulación de ideas y estrategias es fundamental, no solo para avanzar con seguridad en el conocimiento matemático, sino que le ayudan a desarrollar y ordenar su capacidad de raciocinio.

El profesor debe tener conocimiento de muchas estrategias para utilizar



en cada tema y en cada situación la que mejor se adapte a las circunstancias del aula. No existen métodos universales ni estrategias infalibles. Desde que se implantó la Educación Secundaria Obligatoria (ESO) quedó de manifiesto con más claridad aun, el siglo de retraso que lleva la Universidad en lo que se refiere a la formación inicial del profesorado de Secundaria. Lo que ha hecho y sigue haciendo es formar a licenciados que posteriormente se dedican a enseñar con un profundo conocimiento de la materia pero con escasos recursos didácticos.

Mientras los alumnos accedían a la enseñanza secundaria mediante el “filtro” que suponía culminar con éxito la Primaria, las cosas funcionaron más o menos bien pero la LOGSE creó la ESO al tiempo que amplió la enseñanza obligatoria hasta los 16 años y encomendó

la docencia de este nivel a los licenciados compartiéndola, al menos en Canarias, con una parte los maestros de la anti-

Imitar a quienes fueron nuestros maestros y que más huella nos dejaron.

gua EGB, hecho este que ha aliviado el problema porque se trata de profesionales con experiencia y recursos didácticos. El proyecto de nueva Ley de Educación (LOE) adjudica este nivel exclusivamente a los licenciados, con lo que preveo que la situación va a empeorar en ese sentido, pues se sigue sin formar adecuadamente a los profesionales que han de atender este nivel. Bien es verdad que existen otros factores que también han influido en que la ESO sea la peor parada del sistema impuesto por la LOGSE como son la promoción automática, la casi nula atención a la diversidad, la inexistencia de financiación, etc.

Pero es el profesorado, una vez más, con su dedicación y profesionalidad, el que



está salvando la situación. Y lo hace, bien con su trabajo coordinado en el Departamento del centro o en instituciones como la Sociedad Canaria Isaac Newton de Profesores de Matemáticas que, desde su creación en 1978, ha tratado de aportar soluciones e iniciativas para mejorar la enseñanza y el aprendizaje de las Matemáticas. El de esta Sociedad ha sido un trabajo continuado llevado a cabo por muchos profesores y profesoras que han dedicado parte de su tiempo con tesón e ilusión y que les fue reconocido por el Gobierno de Canarias al otorgarle la Medalla de Oro de Canarias en 2003 con motivo de los veinticinco años de realizar esa labor. El mérito de esta distinción lo acreditan esos veintitrés congresos autonómicos y dos nacionales centrados en la enseñanza y el aprendizaje de las matemáticas, que han sido una magnífica vía para que los profesionales conocieran los trabajos de muchos investigadores y profesores españoles y extranjeros; la organización de dieciocho torneos matemáticos entre escolares de catorce años que, tras la fase autonómica en la que se escogen a los tres mejores, se pasa a una fase nacional; la edición

bien habría que intentar hacer más eficaz su trabajo y el esfuerzo que realizan.

Por lo tanto, el profesor que desea actualizar permanentemente sus métodos y conocer nuevas tendencias, tiene la oportunidad y los medios para hacerlo. Hay quien piensa que el trabajo de un profesor es monótono y aburrido. ¡En absoluto! Y no se trata de tener que pensar continuamente en recursos más o menos lúdicos sino en conseguir que los alumnos avancen, mantener su atención, procurar que ninguno “desenganche” su vagón y empiece a ir a su aire, que participen en las tareas que se realicen durante el tiempo de la clase, atender a sus preguntas por muy elementales que a nosotros nos parezcan, no menospreciar y menos humillar a nadie, transmitir mensajes positivos, animar, atender especialmente a los que más lo necesitan, hablar con ellos, preguntarles cuáles son sus planes con los estudios, acercarse a ellos cuando les veamos tristes o distraídos, pensar en que son adolescentes y que nosotros jugamos un importante papel en este periodo de formación (intelectual, humana, social, etc.).

A la vista de todo eso, me produce una gran indignación el “machaqueo” al que nos someten a los profesores los medios de comunicación, casi de manera continuada, cuando se empeñan en transmitir a la sociedad la idea de que los profesores estamos “todos” “quemados” o términos parecidos. Es como una obsesión. Y además utilizan sutiles recursos como el de un reportaje aparecido en un suplemento llamado “Magazine” en el que dice primero que “una buena parte de los 320 000 profesores de secundaria española dice haber sufrido al menos un caso de violencia verbal” y unos renglones más abajo dice que se trata del 5'2%. O sea, que no se fija en el 94'8 % restante que tiene problemas sino en esa minoría a la que, más arriba, llamaba “buena parte”. Esta tendencia a la generalización es otro defecto “social” de cuya transmisión tenemos parte de culpa los

atender especialmente a los que más lo necesitan



de la revista NÚMEROS que ha llegado al número sesenta; el desarrollo de cursos, seminarios, encuentros (algunos nacionales), etc. Toda esta actividad ha significado una inestimable ayuda para que los profesores hayamos podido conocer e intercambiar métodos y estrategias didácticas. También los Centros de Profesores aportan su granito de arena en pro de la mejora de la enseñanza si

profesores de matemáticas porque no enseñamos a nuestros alumnos, con la suficiente claridad, que no se pue-
neralizar a colectivo lo ocurre solo parte. Es aquel que ba y trata-
demostrar

**¡y no ha terminado quemado!
Afortunadamente, somos muchos más.**

de ge-
todo el que
en una
como
afirma-
ba de
esto:

“Todos los números impares son primos. En efecto, lo son el 1, 3, 5, 7, 11, 13 y así sucesivamente” Y cuando se le decía: “¡Oiga! ¿y el 9?” “¡Ah!, - contestaba- esa es una excepción” Y se quedaba tan pancho. Y ya para remachar la situación, resulta que cuando se hacen encuestas o quieren saber el estado de ánimo del profesorado, formulan sus preguntas solo a profesores que sí se sienten “quemados”, pertenecientes, seguramente, a ese 5’2%.

Otro recurso dialéctico muy utilizado consiste en generalizar solo los desánimos y lo negativo, nunca los ánimos ni lo positivo. Si en un centro hay un profesor que es un gandul, entonces todos los profesores de ese centro son unos gandules, pero si hay uno que es muy trabajador, jamás oirán decir ni verán escrita la generalización de esta forma: todos los profesores de ese centro son muy trabajadores. Algo parecido ocurre con el alumnado. Expresiones como “los alumnos son rebeldes” o “los alumnos no respetan” o “los alumnos no saben nada” son absolutamente falsas porque solo hay un cierto número de alumnos de esas características. Si hay un altercado, el titular es “violencia en las aulas” aunque haya tenido lugar fuera del centro, como ha sucedido. Además estas noticias catastrofistas suelen salir – obsérvenlo – hacia el mes de marzo, cuando está a punto de abrirse el plazo de solicitud de plaza...

Por otra parte, si se estudia solo un poco a esa minoría de alumnos, especiales en cuanto a

rebeldía o comportamiento, se llega a detectar que tienen una serie de condicionantes sociales que son las que más influyen para que sean así. Y casualmente, en algunos de esos casos, se podría detectar sin demasiado esfuerzo, la incidencia que tienen ciertos programas de televisión y ciertas actitudes que se presentan como buenas especialmente en la pequeña pantalla, es decir, en un medio de comunicación. He trabajado en un proyecto que tenía como objetivo atender a este tipo de alumnado y, por tanto, se de lo que hablo. Diré de paso que ha sido una de mis experiencias más gratificantes desde el punto de vista educativo.

En fin, solo he querido decir a esos generalistas del desánimo y del desastre, que hay al menos un profesor que ha llegado al final de su trayectoria como docente después de muchos años ¡y no ha terminado quemado! Afortunadamente, somos muchos más.

